

AUGUSTO VISTO POR LOS HISTORIADORES

I. GENERALIDADES

La época de Augusto tiene como característica principal la ruptura; en todos los órdenes hubo escisiones, empezando con la implantación de la monarquía y terminando con la instauración de una paz a la que los romanos no estaban acostumbrados. Este denominador común es el que va a condicionar todo el «siglo de Augusto», y en el cual aunaron sus fuerzas todos los estamentos sociales: desde el propio emperador hasta el más bajo de los plebeyos.

Muchos y muy variados son los motivos que impulsaron este cambio; en primer lugar el pueblo, cansado de tantas y tan atroces guerras, acogió la subida al poder de Augusto como un regalo de los dioses; a éste se añadieron en seguida los nobles, los cuales, tras un período de inestabilidad, creyeron ver en la figura del monarca el alivio de sus propios intereses y la estabilidad definitiva de su clase. El senado, por su parte, que hasta entonces había gozado de inmunidad, se va a convertir en un mero instrumento que Augusto usará a su voluntad. También para el ejército, el cual durante la dictadura de César no había tenido ni un momento de descanso, se le van a abrir nuevos horizontes y su mentalidad cambiará radicalmente.

Capítulo aparte merecen los escritores de esta época; para comprender mejor su postura y para darnos perfecta cuenta del cambio operado en la mentalidad de los hombres de letras, es imprescindible que hagamos las siguientes consideraciones generales: en primer lugar, los tres grandes escritores augústeos, es decir, Horacio, Virgilio y Tito Livio, conocieron y vivieron los últimos estertores de la República, y eso hizo que el primero se alistara en el ejército de Bruto; que Virgilio, el cual durante su adolescencia fue cesariano, concibiese un fuerte patriotismo monárquico, y que, en fin, Tito Livio se convirtiera en un ferviente pompeyano durante toda su vida. Estas vivencias del período anterior hicieron nacer en todos ellos la idea de la paz universal, que germinó cuando la República se convulsionaba y creció nada más subir al trono el emperador. También sirvió de mucho para cambiar la mentalidad de estos escri-

tores el que Augusto opusiese a las ideas republicanas la concepción de una Italia unificada y pacífica, frente a la antigua imagen de César, que era demasiado oriental y helenizada. Otro de los factores que influyó poderosamente es lo que se conoce con el nombre del «paso de la protección privada al mecenazgo»¹; hasta ahora el hombre de letras, el escritor en general, había gozado de una falta total de protección por parte del Estado, se encontraba solo la mayoría de las veces, y sin amparo alguno; a partir de Augusto, en lo tocante a literatura, el rasgo más importante es que «él se erigió en patrono y amigo de los grandes escritores»². Con todo, no fue solamente el emperador quien se preocupó por los literatos: C. Mecenas, íntimo de Augusto, le prestó una incondicional ayuda, y desde su juventud se atrajo a L. Vario Rufo y a Virgilio, y más tarde, en el 38 a. de C., conoció a Horacio, naciendo entre ambos una inquebrantable amistad que duró hasta la muerte.

También otras familias, independientemente del emperador y sin interés político alguno, estimularon a los hombres de letras: nos estamos refiriendo a las de M. Valerio Mesala y Asinio Polión. No es éste el momento ni la ocasión de hacer un análisis exhaustivo de estos hombres; digamos simplemente que, al haber tomado parte, de jóvenes, en los acontecimientos políticos de Roma, se convirtieron más tarde en los herederos de todas las tradiciones de la oligarquía republicana. El primero, que sentía una profunda aversión por todo lo concerniente a la guerra —horrores, crímenes, ultrajes—, reunió en torno suyo a poetas como Tibulo y Ovidio. Polión fue el primer protector de Virgilio y también el que introdujo en la Urbe la moda de las lecturas públicas —*recitationes*—; consistían éstas en que cada autor recitaba sus propias composiciones, aún inéditas, ante un grupo de invitados³.

Por último, este cambio que venimos historiando también se operó en el público. Durante la época ciceroniana la plebe no entendía la poesía, y los poetas se consagraban solamente a una aristocracia que tenía la fachada latina y los gustos griegos; ahora, por el contrario, se creó un público capaz de entender la poesía que escribían los autores latinos: por eso las *Bucólicas* de Virgilio y las *Sátiras* de Horacio alcanzaron tanto éxito. Unese a todo esto, en fin, que el helenismo del que estaban impregnados los escritores del siglo de Augusto lo ponían al servicio del ideal romano, que ya antes había concebido Cicerón y que se desarrolla plenamente con la nueva época. Y dato significativo de esto que venimos comentando lo podemos colegir de la siguiente afirmación de Bayet⁴: «Los autores, incluso los de baja cuna, como Horacio o

¹ Según expresión de BAYET, J., *Literatura Latina*, Barcelona, Ariel, 1966, p. 215.

² Cf. nuestra tesis doctoral *Ovidio ante la mujer a través de los «Amores»*, Valencia, junio de 1970, cap. II, B, inédita.

³ Sin embargo, tanto en una como en otra familia los escritores se oponían a los designios del emperador. Así nos lo corrobora BARDON, H., *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste a Hadrien*, París, Les Belles Lettres, 1968, pp. 98-99: «Toute la poésie du cercle de Messalla s'oppose à l'idéal de littérature voulu par Auguste...»; «Il s'est donc constitué autour de Pollion tout un grupe littéraire d'ennemis d'Auguste».

⁴ Cf. BAYET, J., *Literatura...*, p. 217.

[tal vez] Virgilio, no se sienten prisioneros de sus protectores, sino que viven en comunión con sus compatriotas.»

II. AUGUSTO Y LOS HISTORIADORES

El poder personal de Augusto debía cimentarse sobre bases sólidas; hemos visto más arriba que la sociedad de la nueva época había acogido con agrado el cambio total y profundo que se operó en el mundo romano con el advenimiento al trono del monarca, y que se prestó de buen grado a la ruptura con los tiempos pretéritos. Esta *Pax Augustea* fue celebrada por doquier y en todos los estamentos sociales el alborozo se generalizó. A la par que el ejército fue alejado de Roma, de Italia incluso, para salvaguardar la integridad física de la península y consolidar las fronteras extremas del Imperio, la aristocracia romana se entregaba a un *otium* de refinamiento y molicie que paulatinamente degeneró en la depravación de las costumbres y en el aniquilamiento de la moral y dignidad romanas. El primero, como sabemos, que afrontó el problema y lo plasmó en sus obras fue Ovidio; y las consecuencias también las conocemos: su *relegatio*.

Antes hemos analizado muy someramente el papel que desempeñaron los poetas augústeos en esta convulsión general de ideas; tanto Horacio como Virgilio, que en un principio no se mostraron partidarios de la monarquía, acabaron por doblegarse y se ciñeron a las directrices imperiales. El resto de los poetas, Galo, Tibulo y Propertio, ajenos a toda influencia política, se consagraron más a aventuras sentimentales y a un estudio más profundo de la psicología. Su poesía, impregnada de helenismo, se hizo monótona y pesada, con ampulósidades y alambiques, propias de la poesía alejandrina, en las que intentaban explicar los estados anímicos del poeta.

Queda la prosa. Es innegable que con Cicerón la prosa latina había alcanzado su cota más elevada; el de Arpino la había cimentado con la oratoria y la filosofía, y la había sublimado hasta tal punto que todos los demás, antesores o no, quedan como empequeñecidos y vacíos. Por eso un erudito filólogo⁵ ha calificado este período augústeo como el de «Las dificultades de la prosa»: la elocuencia quedó restringida a unos círculos minoritarios, es decir, a los tribunales, y un poco al senado; la filosofía, que nunca llegó en Roma a ser considerada como verdadera ciencia ni a cobrar la altura que tuvo en Grecia, se limitaba a difundirse entre unos grupos pequeños aportando un ideal nuevo de perfeccionamiento humano. Por último, la historia.

Tal vez haya sido este género el que menos sufriese la presión del emperador; en primer lugar, porque el único historiador que puede considerarse como tal, esto es, Tito Livio, se mantuvo lo suficientemente alejado de los círculos literarios entonces imperantes como para no estar mediatizado por ellos ni in-

⁵ Cf. BAYET, J., *Literatura...*, p. 278.

clinarse a favor o en contra de Augusto; y en segundo término, porque esta misma indiferencia le hizo conservar su dignidad de escritor sereno e imparcial. *A priori* es sumamente fácil encuadrar a Tito Livio como un continuador de Pompeyo —incluso el propio Augusto le llamaba amistosamente «el pompeyano»⁶—; sin embargo, un análisis más profundo de este autor nos indicará que no es del todo cierta esta afirmación. O para decirlo en palabras de un estudioso moderno: «il "pompeianismo" liviano poteva in realtà derivare... da una tradizione nobiliare, che guardava alla ideologia repubblicana del *princeps* nello spirito della ortodossia ciceroniana»⁷. La ideología de Tito Livio ha sido suficientemente estudiada por M. Mazza y otros muchos filólogos⁸, por lo que no es éste el momento de profundizar más sobre el particular. En cambio, sí será muy conveniente que nos fijemos en algunos otros puntos de la obra de Livio; así, por ejemplo, sobre el problema de la mediatización o no de la historia liviana por parte de Augusto.

Es ciertamente notorio el que no encontremos a lo largo de la amplia producción de este autor elogios del emperador comparables a los que hicieron Virgilio, Horacio e incluso Propercio; sin embargo, hay algunas —bastantes— alusiones a la política augústea: así vemos como en IX 19 alude a la ingente obra pacificadora del emperador; en XXVIII 12, a las victorias obtenidas por Augusto; en VI 4, a la magnificencia que produce la capital del mundo⁹, etc. Por esto, un autor italiano, estudioso de nuestro escritor, ha escrito lo que a continuación transcribimos: «No se trata de saber si Tito Livio fue un propagandista del régimen... El problema es bastante complejo... y tal vez lo mejor sería preguntarse si efectivamente se trata de una "adhesión" de Livio al régimen de Augusto, y, sobre todo, en qué sentido y dentro de qué límites se halla contenida.»¹⁰ También conocemos a la perfección la forma de pensar de Tito Livio; es decir, que nunca se opuso al régimen de gobierno personal. Esto, como fácilmente se puede colegir, no le trajo más que alegrías y privilegios, ya que el emperador le apoyó incondicionalmente y le favoreció en gran manera. Sin embargo, y volvemos a repetirlo, siempre mantuvo el de Padua la dignidad y la independencia necesarias cuando era oportuno. Por eso «l'histoire livienne a vu sa valeur de propagande augmentée: le nouveau régime y appa-

⁶ Aunque algunos creen que el calificativo dado a Livio de «pompeyano» en realidad significaba simplemente «republicano». Cf. SYME, R., «The allegiance of Labienus», *Journal of Roman Studies*, London, 1938, pp. 113-125.

⁷ Cf. MAZZA, M., *Storia e ideologia in Livio*, Catania, Bonnano, 1966, p. 193.

⁸ Cf. nota anterior y la bibliografía final que aduce MAZZA.

⁹ Veamos cuáles son las palabras que utiliza Tito Livio:

IX 19: *Mille acies graviiores quam... auertetque, modo sit perpetus huius qua uiuimus pacis amor et ciuilis cura concordiae.*

VI 4: *Eodem anno, ne priuatis tantum operibus cresceret urbs, Capitoium quoque saxo quadrato substructum est, opus uel in hac magnificentia urbis conspiciendum.*

¹⁰ Cf. MAZZA, M., *Storia...*, p. 181.

raissait légitimé... dans l'oeuvre d'un homme si indépendant qu'il osait parfois entrer en contradiction avec le maître»¹¹.

En cambio, sí que parece claro que en algunos personajes heroicos de Livio se pueden colegir los trazos de Augusto; así, en Rómulo, Numa, Decio, Escipión el Africano, etc., fácilmente se encuentran aspectos que recuerdan la grandeza del «primer ciudadano de Roma»¹². Incluso la historia mítica de Rómulo parece haber estado adecuada para acentuar la divinidad de Augusto¹³. En relación a la *Eneida* de Virgilio, hemos de decir que el de Padua sacó a la luz su primer libro en el año 27 a. de C., mientras que el mantuano empezó a trabajar en su epopeya en el año 29 a. de C.; es sintomático, por tanto, que mientras uno, Livio, comenzó su *Ab urbe Condita* con la misma idea de los analistas, es decir, con la llegada de Eneas a Italia, el otro, Virgilio, también hizo lo mismo. No es, así pues, descabellado conjeturar que éste era un tema preferido por el emperador y que ambos lo aceptaron de buena gana: «Virgile lui donna l'éclat de sa poésie, Tite-Live la sanction de sa science.»¹⁴

Sin embargo, no fue solamente Tito Livio el único —aunque sí el más importante— historiador del período augústeo; hubo otros escritores, cuya producción no nos es demasiado conocida, que tienen como característica principal el oponerse sistemáticamente a la política del emperador, e incluso atacarle. Estos hombres fueron: Aquilio Niger, Tito Labieno, Cremucio Cordo, Fenestela y Trogo Pompeyo. Veámosles con cierto detenimiento.

De Aquilio Niger no poseemos bastantes noticias, y lo que sabemos —poco— se debe a Suetonio; también el erudito Bardón¹⁵ nos da algunas ideas del autor en cuestión. Parece ser que participó activamente en la campaña dirigida contra el emperador en los panfletos que circulaban por Roma subrepticamente y en los que se atacaba a Augusto; a decir de Suetonio¹⁶, corrió en la Urbe el rumor, que propagó Aquilio Niger, de que el monarca había matado a Hircio y a Pansa —en la batalla en que fueron diezmados los ejércitos consulares— con la esperanza de que *Antonio fugato, re publica consulibus orbata solus victores exercitus occuparet*¹⁷. A decir de Bardón¹⁸, este Aquilio Niger se puede asimilar a un tal Antonio Niger, citado por Plutarco¹⁹, que era familiar de Antonio.

Más noticias tenemos de Tito Labieno: pertenecía a una familia de rancio abolengo republicano, y por su *rabies*, se le apodó *Rabienus*. Por una cita de

¹¹ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 80.

¹² Cf. STUEBLER, G., *Die Religiosität des Livius*, Stuttgart-Berlín, Kohlhammer, 1941, pp. 43 y ss.

¹³ Cf. MAZZA, M., *Storia...*, p. 186.

¹⁴ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 81.

¹⁵ Cf. BARDON, H., *La Littérature Latine Inconnue* (París, Klincksieck I, 1952; II, 1956), II, p. 94.

¹⁶ Cf. SUET., *Diu. Aug.*, XI.

¹⁷ Cf. SUET., *Diu. Aug.*, XI.

¹⁸ Cf. BARDON, H., *La Littérature...*, II, p. 94.

¹⁹ Cf. PLUT., *Ant.*, LIII.

Séneca el Viejo ²⁰, sabemos que atacaba los vicios de su época ²¹ y que compuso también una invectiva contra Batilo, bufón favorito de Mecenas ²². Pero nos interesa más que nada Tito Labieno como historiador; solía leer su *Historia* en público, pero sólo en parte, ya que se saltaba algunos pasajes diciendo que «se conocerían después de su muerte», sin duda alguna porque contenían ataques contra Augusto o su régimen. Hasta tal punto esto es verdad que las obras de Labieno fueron quemadas y él mismo se dejó morir de hambre en la tumba de sus antepasados ²³. Es lógico, así pues, pensar que Augusto en su vejez no vaciló ni un momento en usar de la violencia contra todo aquel que se le opusiera, o al menos que le ofreciera cierta resistencia.

La misma muerte tuvo otro historiador, Cremucio Cordo, y la misma suerte le ocurrió a su obra: ser quemada por el fuego. Sin embargo, a decir de Rostagni ²⁴, algún ejemplar salvó clandestinamente su hija Marcia, y más tarde publicado, con retoques, bajo el reinado de Calígula. En estos *Annales* se comentaban las guerras civiles y el reinado de Augusto; del valor de este autor nos da idea el que le tributasen fuertes elogios Séneca, Quintiliano, Suetonio y, sobre todo, Tácito ²⁵. Suetonio nos refiere ²⁶ que Cordo narra las precauciones que tomaba Augusto para conceder audiencia a los senadores «sólo cuando iban solos y una vez habían sido registrados».

Un poco posterior a los anteriores es L. Fenestela, historiador metido ya en la época de los Claudios. Hay discrepancias bastante notables en lo que concierne a la fecha de su muerte, pues mientras Plinio el Viejo la coloca hacia finales del reinado de Tiberio —y lo mismo opina Bardon ²⁷—, San Jerónimo dice que murió hacia el año 19 d. de C. Escribió unos *Annales*, de los cuales se hizo un *Epítome* debido al éxito que obtuvo. Según Bardon ²⁸, la obra de Fenestela constaba de veintidós libros, que iban desde la fundación de Roma hasta, quizás, el reinado de Augusto; sin embargo, hemos de advertir que no toda la obra es historia, sino que en ella se mezclaban las más diversas excéntricas, desde los nombres de las familias antiguas hasta la introducción del cultivo del olivo en Italia, pasando por las piedras preciosas y por el espectáculo que ofrecían los elefantes en la arena. En fin, que todos los indicios nos

²⁰ Cf. SÉN., *Contr.*, X, 4, 17.

²¹ Como, por ejemplo, contra los ricos, los cuales se servían de *pueri delicati* para sus placeres.

²² Cf. ROSTAGNI, A., *Storia della Letteratura Latina*, I-II-III, Torino, U. T. E. T., 1964, II, p. 415.

²³ No conocemos la fecha exacta del decreto que mandó quemar las obras de Labieno, pero seguramente debió de ocurrir hacia finales del reinado de Augusto. Sí, en cambio, sabemos la fecha en que fue exiliado Casio Severo, contemporáneo de Labieno: en el año 12 d. de C.

²⁴ Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, II, p. 417.

²⁵ Cf. en especial Tác., *Ann.*, IV, pp. 34-35.

²⁶ Cf. SÜET., *Div. Aug.*, XXXV, p. 2.

²⁷ Cf. BARDON, H., *La Littérature...*, II, p. 147.

²⁸ Cf. BARDON, H., *La Littérature...*, II, p. 147.

corroboran que, más que un historiador, fue una especie de anticuario.

Por último, tenemos a Trogo Pompeyo, escritor nacido en la Galia Narbonense, que compuso en cuarenta y cuatro libros las *Historiae Philippicae*, copia del griego Teopompo. El sucinto resumen de la misma es el siguiente: toda la historia del mundo giraba en torno al imperio Macedonio instituido por Filipo; luego la continuaron los reinos helenísticos, y por último desembocó en una monarquía universal instituida en Roma por Augusto, o, para decirlo en otras palabras, fue el que propuso la teoría de la sucesión de los Imperios Universales. Y parecía vaticinar cuando afirmaba que al dominio del mundo por parte romana sucedería el poderío del orbe debido a los partos²⁹. Al proclamar esto «Trogo rompeva scandalosamente i ponti con la tradizionale fede romana nell' eternità dell'Impero di Roma, ed insinuava il germe del dubbio nei Romani del tempo di Augusto»³⁰. Los límites extremos de las *Historiae* iban desde el Oriente (libros I-VI), Filipo, Alejandro y sus sucesores (libros VII-XVII), Pirro y Mitrídates (libros XVIII-XXXVIII), Siria y los Partos (libros XXXIX-XLII), orígenes de Roma (libro XLIII) hasta España (libro XLIV).

Con todo, no son éstos los únicos historiadores de la época de Augusto; otros escritores hubo, la mayoría de cuyas obras lamentablemente se han perdido, que merecerían ser tratados aquí. Pero los estrictos límites de nuestro trabajo y la varias veces repetida obra de Bardón³¹ hacen innecesario nuestro intento.

A caballo entre el reinado de Augusto y de su sucesor Tiberio tenemos a Veleyo Patérculo; digamos, ante todo, que más que un historiador fue un funcionario del Imperio y un soldado. Conocemos bastante bien su carrera política: se inició bajo las órdenes de Publio Silio y de Publio Vinicio —padre de Marco Vinicio, a quien dedicaría más tarde sus *Historiae*—, y luego estuvo en Oriente (cf. VEL. PAT., *Hist. Rom.*, II, 101); más tarde, en el año 4 d. de C., acompañó al futuro emperador Tiberio a Germania, y a partir de este momento su *cursus honorum* fue vertiginoso: en el año 7 era ya cuestor; en el 13 formó parte del séquito que acompañaba a Tiberio en su entrada triunfal en Roma a su vuelta de Germania, en donde había vengado el desastre de Varo; por último, al año siguiente alcanzó la pretura. Desde esta fecha hasta el año 30, en que publicó su obra Veleyo, vivió en la Urbe, consagrándose por entero a la redacción de sus *Historiae*.

Tal vez este dato sea de capital importancia para comprender la obra de Patérculo: es decir, conoció y vivió el período más tranquilo y feliz del Imperio. Esto y el que, como hemos dicho antes, fue, más que un escritor, un soldado, nos ayudará a comprender mejor sus escritos. Como buen soldado, Veleyo Patérculo procuró alabar en gran manera a su jefe Tiberio; sin embargo, a pesar de encontrar en las *Historiae* numerosos pasajes de exaltación de Ti-

²⁹ Cf. TROG. POMP., *Hist. Phil.*, XLI, 1, 1.

³⁰ Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, II, p. 308.

³¹ Cf. BARDON, H., *La Littérature...*, II, pp. 90-102, en cuyas páginas se condensan, estudian y exhuman los historiadores, llamémosles «menores», del período augústeo.

berio³², no vemos ninguno en el que el futuro *Imperator* aparezca calificado como *deus*. Bien es verdad que las alabanzas que le prodiga son excesivas y, sin duda alguna, exageradas, pero también es cierto que no se le puede tildar de servil, pues, como dice Rostagni, sus adulaciones de Tiberio «il piu delle volte hanno di mira le virtù militari del principe, il fascino che quegli nella sua giovinezza...»³³. La adopción de Tiberio por Augusto fue señalada por Patérculo con un entusiasmo sin límites; ante todo, porque veía que la paz augustea seguiría manteniéndose intacta; también porque garantizaba la continuación de un régimen instaurado por Augusto, y, en fin, porque, para el autor de las *Historiae*, Tiberio era el «stratège habile, aimable envers ses compagnons, modeste aussi...»³⁴. Esto lo encontramos muy bien expuesto en un capítulo de su obra (II, 103), cuando afirma: *Laetitia illius diei, concursusque civitatis, et vota paene inserentium caelo manus, spemque conceptam perpetuae securitatis aeternitatisque Romani imperii...*

Sin embargo, algunos personajes importantes, con un pasado mitad heroico, mitad popular, son objeto de censuras por parte de Patérculo; así, encontramos a los Gracos (II, 7), a Mario (II, 12), a D. Bruto (II, 62)..., e incluso contemporáneos suyos, como es el caso de *Gaius Caesar* y de *Marcus Lollius* (II, 101-102), este último *subdoli ac uersuti animi*. Pero, volviendo al tema central de nuestro estudio, diremos que el emperador Augusto aparece como un monarca extraordinario, quizás menos celebrado que su sucesor Tiberio, pero no por eso menos admirado. Digamos, ante todo, que Veleyo Patérculo agradece a Augusto, en primer lugar, la acertadísima elección de su sucesor; después, el haber sido el primero en instaurar la paz tan deseada en Italia, y, finalmente, el haber desarrollado tan eficazmente su política interior y exterior. Empero, mejor que nuestras palabras, las del propio Patérculo resumirán de forma clara y precisa el juicio que le mereció Augusto: *Nihil deinde optare a Diis homines, nihil Dii hominibus praestare possunt, nihil..., quod non Augustus, ... reipublicae populoque romano terrarumque orbi repraesentaverit*³⁵.

Según el autor que comentamos, fue Augusto quien salvó al mundo de la destrucción, al vencer a Antonio en *Actium* (II, 85), amén de que se vio obligado a tomar las armas por la República (II, 61) y no por egoísmo personal o por ambición. A juicio de Patérculo, el emperador Augusto no fue el culpable de las proscripciones (II, 64-66), ya que es imposible que un hombre, un *caelestis animus* de tal grandeza de espíritu fuese capaz de semejantes acciones. Bien es verdad que, aunque «prefirió seguir los peligros y las grandezas antes que una vida tranquila y humilde» (II, 60), también es cierto que el peligro que corría la República le empujó a ello. Juzgamos, por lo tanto, no muy acertada la opinión de Bardon³⁶, el cual afirma que, si Veleyo Patérculo hubiera

³² Cf. II, pp. 103 y ss.

³³ Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, II, p. 429.

³⁴ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 173.

³⁵ Cf. UEL. PAT., II, p. 89.

³⁶ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 173.

sido un «agent politique» del Imperio, habría consagrado una nueva obra a Tiberio; antes, por el contrario, nos inclinamos a pensar que el mero hecho de dedicar sus *Historiae* al cónsul *Marcus Vinicius* es un indicio claro de que obraba a sabiendas de lo que hacía: esto es, que mientras que, por una parte, salvaguardaba una posible incriminación de «portaestandarte del nuevo régimen», por otra alejaba toda sospecha de partidismo. En conjunto, la obra de Veleyo puede considerarse como la de un halagador prudente y leal, que refleja una admiración sincera, nacida de su origen militar. Nos parece fuera de lugar el juicio que sobre él hizo *Justus Lipsius*: «... Je ne me souviens jamais de *Uelleius Paterculus* sans entrer en colère...»³⁷

Otro de los historiadores que siguió las directrices del anterior fue Valerio Máximo. En él podemos colegir, sin entrar en detalles que alargarían en demasía este trabajo, las trazas ya apuntadas en Patérculo; en primer lugar, idéntica condena de los Gracos, los cuales, en especial Tiberio, «anteponían los intereses personales a los de la patria» (IV, 7, 1); los elogios desmedidos a César, a quien le juzga superior al propio Augusto: es aquél el monarca ideal, elevado al rango de los dioses —*diuus Iulius*—, en el cual se funden, como en un crisol, todas las virtudes divinas y humanas, dechado de cualidades inigualables... (I, 6; III, 2; VIII, 9; IX, 9; etc.). En una palabra, con este escritor empieza a mermar un tanto la figura de Augusto, mientras, por el contrario, César gana más enteros. Con todo, no se crea el lector que Octavio apenas cuenta para Valerio Máximo; a lo largo de los nueve libros de sus *Factorum et dictorum memorabilium* el instaurador de la monarquía en Roma se muestra como un *princeps* inteligente y vigoroso, cuya principal característica es la *aequitas* —«justicia»— (VII, 7, 4), producto de una mente también divina, como la de César, y cuya memoria ha de ser, asimismo, *sacratissima* para todos los romanos (I, 7, 1-2). Al igual que sus predecesores, Valerio agradece infinitamente a Augusto haber sido el «causante» de la tranquilidad y de la paz que gozaba el Imperio, ya que con las justas leyes que dictó, con la firmeza de sus decisiones y con la rectitud de su carácter (?) logró conciliar los ánimos de todos, bastante alborotados después del asesinato de César por Bruto y Casio. Ni que decir tiene que éstos dos últimos cometieron, a juicio del autor que comentamos, un *grauissimum scelus* y fueron los *parricidae* de más execrable memoria de toda la historia romana (I, 5, 7).

La obra de Valerio está enmarcada en un doble panegírico de Tiberio, el primero de los cuales sirve, a la par, de dedicatoria; fue el hijastro de Augusto el que tuvo que continuar la singladura marcada por Octavio, y, por lo tanto, aparece como casi un calco de César y Augusto; en fin, y para decirlo con las mismas palabras que Bardon, «Valère-Maxime loue en César les vertus qu'il se plaît à reconnaître chez Tibère»³⁸.

³⁷ Citado por HAINSSSELIN, P., et WATELET, H., *Uelleius Paterculus et Forus: Histoire Romaine*, París, Garnier, 1932, p. 6.

³⁸ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 175.

Un salto de casi un siglo nos coloca ante Lucio Anneo (o Annio, según otros) Floro, historiador contemporáneo de Adriano, a decir de las opiniones más verosímiles ³⁹. No obstante, antes de conocer cuál será la postura que va a adoptar este escritor, será conveniente que resumamos en breves líneas el estado de cosas desde la muerte de Tiberio hasta Adriano. Los dos emperadores que siguieron al hijastro de Augusto se caracterizan por su indiferencia frente a la literatura; el primero, Calígula, porque se hallaba impregnado de abolengo aristocrático, y el segundo, Claudio, porque se olvidó de ella, ya que no le sirvió para sus fines. El advenimiento de Nerón, el emperador artista, trajo consigo un renacimiento de las letras latinas, y los nombres de Séneca, Persio, Lucano, Petronio y tantos otros nos lo corroboran. Los tres emperadores que se sucedieron en el lapso de un año —Galba, Otón y Vitelio— no aportaron ninguna novedad, porque, además, no la merecieron, y es preciso que Vespasiano, primero, y luego sus hijos Tito y Domiciano, con nuevas ideas y fuerzas, levanten un poco la alicaída literatura latina. Por último, tenemos a Nerva, que pasó sin pena ni gloria, y Trajano, que fue ante todo un soldado promovido al trono, sin cultura, que no se interesó en absoluto por los escritores de su tiempo; y aunque en su época sobresalieron los nombres de Tácito y Juvenal, no obstante no fueron más que dos ejemplos aislados en medio de una gran decadencia.

Con la subida al poder de Adriano se produjo un cambio brusco: en revanche con el reinado anterior, el nuevo emperador siente la necesidad de la cultura para llevar a cabo su actividad; bien es verdad que, en el fondo, fue un «dilettante» cargado de helenismo, pero también es cierto que le gustaban extraordinariamente la aritmética y la geometría, la astrología, y que, a decir de Dión Casio ⁴⁰, era muy experto en literatura. Con todo y con ello, el período de los Antoninos viene marcado por un rasgo específico: sigue la decadencia de la literatura; y en sus últimos coletazos, pocos son los hombres que logran un nombre, porque la poesía y la oratoria caminan irremisiblemente hacia la ruina, la prosa artística y la erudición sólo dan las figuras de Apuleyo y de Aulo Gelio, y queda tan sólo, y no mucho, la historia.

Dos son los escritores más importantes de esta época: Floro y Suetonio. Hablemos del primero. Escribió el español Lucio Anneo Floro una obra que lleva por título *Bellorum Romanorum Libri II*, conocida también con el nombre de *Építome Rerum Romanorum Libri IV*, en la que narra los acontecimientos acaecidos desde los mismos orígenes de Roma hasta Augusto. Para algunos autores, varios pasajes de la obra de Floro no son sino refundiciones mal hechas de la obra de Tito Livio ⁴¹, de cuyos datos se sirvió en muchos puntos: el cierre del templo de Jano, la apoteosis de Augusto, etc. No es el momento de ver qué partes son verdaderas y cuáles no en su obra; y sí, en

³⁹ Para algunos eruditos, Floro vivió en la época de Trajano.

⁴⁰ Cf. DIÓN CASIO, 69, p. 3.

⁴¹ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 438.

cambio, es conveniente adentrarnos un poco en la concepción historiográfica de Floro ⁴².

Ante todo, choca la gran diferencia que media entre éste y los otros historiadores: mientras aquéllos celebraban a todos los emperadores anteriores, Floro rompe con la tradición y alaba excesivamente a los recientes —Trajano y Adriano—, en detrimento de sus antecesores; y sirva, para muestra, este ejemplo: «L'epoca posteriore ad Augusto... è completamente omessa, perchè viene considerata come vecchiezza, decrepitudine, corruzione» ⁴³. En síntesis, podríamos decir que la obra de Floro es un canto continuo al pueblo romano, al que considera como el héroe central de toda la gran gesta, y sin el cual no se hubiera llevado a cabo el estado de *pax romana* ⁴⁴. Otro detalle que nos hace ver la diferencia que media entre este autor y los anteriores estudiados es el siguiente: para Floro, César fue el protegido de la fortuna, el caudillo militar a quien debe los cimientos el Imperio, pero no aprueba en modo alguno su programa monárquico y su concepción del poder, ya que, al igual que Séneca, es por encima de todo un hombre adscrito al Principado. Por esto la obra de Floro contiene desmesurados elogios de Augusto.

A pesar de todo, «no alaba Floro a Augusto por haber logrado la grandeza de Roma, sino por haber pacificado el mundo», nos dice acertadamente Víctor Alba ⁴⁵; y esto lo corroboramos en seguida, porque, por doquier, aparecen las palabras *Pax Augustea*, *Pax Octauiana*, *Pax Romana*, símbolo inequívoco del sentir de Floro. En un pasaje del *Epítome* encontramos la apología del emperador Augusto: *Gratulandum tamen ut in tanta perturbatione est, quod potissimum ad Octavium Caesarem Augustum..., qui sapientia sua atque sollertia percussum undique ac perturbatum ordinavit imperii corpus...* (*Epit.*, IV, 3). Las guerras que llevó a cabo Octavio las hizo para pacificar el orbe y lograr la ansiada paz; por todas partes encontramos alusiones a esta política tendentes a exaltar el Estado Universal Romano, del cual Augusto era el guía. Para ello fue necesario que los dioses le adornasen de las cualidades precisas: visión del futuro, justeza en sus decisiones, firmeza en el mando, excepcional sentido de la medida, etc. Tal es la concepción que le merece Augusto a Floro.

Contemporáneo del anterior tenemos a *Gaius Suetonius Tranquillus*, de familia ecuestre y procedente, tal vez, de Ostia; nacido hacia el 69 ó 70 d. de C., pasó su juventud en Roma, consagrándose a las letras y, según parece, a la docencia, aunque esta última actividad fue bastante efímera. También actuó como abogado ⁴⁶, asimismo durante poco tiempo, y cuando como tribuno militar iba a salir hacia Britania sintió nostalgia de Roma y se volvió atrás. Sus mejores

⁴² Es muy útil y completa la obra de ALBA, V., *La concepción historiográfica de Lucio Anneo Floro*, Madrid, C. S. I. C., 1953.

⁴³ Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, III, p. 267.

⁴⁴ Floro, ya en época de Tiberio Graco, define así al pueblo romano: *populus gentium uictor orbisque possessor* (*Epit.*, III, 15).

⁴⁵ Cf. ALBA, V., *La concepción...*, p. 124.

⁴⁶ Cf. PLINIO EL JOVEN, *Epist.*, I, p. 18.

valedores fueron, en primer lugar, Plinio el Joven, y a su muerte, C. Septicio Claro, prefecto del pretorio, el cual consiguió que Suetonio fuese bibliotecario de la corte —*a bibliothecis* y *a studiis*— y secretario imperial —*ab epistulis*—. Varias son las causas que acarrearón el alejamiento de nuestro hombre de la corte de Adriano ⁴⁷: demasiada familiaridad con Sabina, esposa del emperador; el haberse afiliado al partido de Septicio Claro, que disputó el poder a otras facciones mientras Adriano se encontraba en Britania, etc. A partir de este momento, Suetonio se alejó de la corte, dedicándose hasta el final de su vida a la confección de sus obras.

Suetonio escribió muchísimo y sobre temas muy diversos ⁴⁸, pero solamente han llegado hasta nosotros dos obras, y una de ellas de modo fragmentario: *De uiris illustribus* —poseemos el final *De Gramaticis et rhetoribus*— y *De uita duodecim Caesarum libri VIII* ⁴⁹. El resto de las obras que se le atribuyen tienen un carácter muy amplio y abarcan desde la denominada *De uariis rebus* hasta las conocidas con el nombre de *Roma* y *Praeta*. Sin embargo, la obra que nos interesa para nuestro estudio es la que ha quedado mejor librada; en efecto, excepto algunas lagunas iniciales —y de poca monta—, todo el texto ha llegado hasta nuestras manos. En él, como es obvio, se narran las «vidas» de los doce emperadores romanos desde César hasta Domiciano inclusive. Empero, no todos los biografiados tienen idéntica extensión —como tampoco merecerán, y es lógico, el mismo juicio—, pues mientras a Augusto y a César les dedica dos libros, constriñe los tres Flavios en un solo volumen. Y por esto mismo, las fuentes de que se valió nuestro autor para recopilar todos los datos fueron muy diversas, ya que utilizó «las oficiales, las secretas, los archivos imperiales, los epigramas satíricos y los escritos de las paredes», como afirma Rostagni ⁵⁰.

Grande es, pues, la parte dedicada a Augusto, y, por tanto, mucha enjundia se puede extraer de la misma. Fijémonos con cierto detalle. Choca, en primer lugar, que la primera parte de la misma, aproximadamente los veinte primeros capítulos, esté plagada de hostilidades más o menos veladas a la persona del emperador; el resto, con las excepciones naturales ⁵¹, puede ser contado como positivo para Augusto. Unos cuantos ejemplos vamos a aducir; así, en el capítulo X dice: ... *Hortantibus itaque nonnullis percussores ei subornauit, ac*

⁴⁷ Cf. BASSOLS, M., *Suetonio. Vida de los Doce Césares*, Barcelona, Alma Mater, 1964, XXIV.

⁴⁸ BAYET, J., en su citada obra *Literatura Latina*, p. 444, le denomina «enciclopedista erudito», de espíritu menos amplio que Varrón, de intenciones menos firmes que Plinio el Viejo.

⁴⁹ Esta parece la denominación más idónea y por la que se inclina BASSOLS, M., *Suetonio...*, XXXI. Otros, como ROSTAGNI, A., *Storia...*, III, p. 256, prefieren llamarla simplemente *De uita Caesarum*.

⁵⁰ Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, III, p. 258. Con todo, hay opiniones opuestas como la de BASSOLS, M., p. XXXVIII, el cual afirma: «... se admite que se abstuvo de realizar por su cuenta investigación propia ni consultar una amplia bibliografía, ni mucho menos escudriñar los archivos».

⁵¹ Cf., por ejemplo, cap. LXVIII y LXIX.

fraude deprehensa periculum in uicem metuens ueteranos simul in suum ac rei publicae auxilium quanta potuit largitione contraxit; o más abajo, cuando afirma en el capítulo XIII: *Nec successum uictoriae moderatus est, sed capite Bruti Romam misso, ut statuae Caesaris subiceretur, in splendidissimum quemque captiuum non sine uerborum contumelia saeuit...; alios, patrem et filium, pro uita rogantis sortiri uel micare iussisse, ut alterutri concederetur, ac spectasse utrumque morientem*. En fin, en el capítulo XV dice Suetonio: ... *scribunt quidam trecentos ex dediticiis electos utriusque ordinis ad aram Diuo Iulio extractam Idibus Martiis hostiarum more mactatos*. También, o más que los juicios hostiles, encontramos alabanzas en muchas partes de Augusto; por ejemplo: *Patronus dominusque non minus seuerus quam facilis et clemens multos libertorum in honore et usu maximo habet* (cap. LXVII); y en el capítulo LI leemos: *Clementiae ciuilitatisque eius multa et magna documenta sunt. Ne enumerem, quot et quos diuersarum partium uenia et incolumitate donatos principem etiam in ciuitate locum tenere passus...*

A fuer de sinceros, diremos que la descripción que nos hace Suetonio de Augusto peca, según nuestra opinión, de falta de continuidad. A ello han contribuido varias causas; en primer lugar, el cambio operado en la mentalidad de los historiadores latinos —cambio que se nota ya en Floro—, los cuales, merced al ambiente de la época, se dejaron llevar más por la comodidad y facilidad que por los verdaderos acontecimientos histórico-político-sociales. Por eso la descripción que nos hace Suetonio de los Césares es *per species*, es decir, por epígrafes o por categorías; así encontramos la misma distribución para todos: datos genealógicos, llegada al trono, virtudes y defectos, muerte, funerales, testamento y apoteosis. Otra de las causas fue que la época de nuestro autor era «de puente», porque si todavía se seguían añorando los viejos tiempos republicanos, también las nuevas formas de vida se iban imponiendo paulatinamente. Y sólo un autor, Tácito, hizo un verdadero retrato de la realidad histórica. Los demás, como Suetonio, no pudieron —o supieron— liberarse de esa enorme responsabilidad. Pero volvamos, y terminemos, con Augusto. Hemos dicho que notamos en su biografía cierta discontinuidad; así es, ya que no toda la segunda parte de la misma es un elogio del emperador, como nos lo indican algunas observaciones del propio Suetonio; en el capítulo LXVIII encontramos: *Prima iuuenta uariorum dedecorum infamiam subiit. Sextus Pompeius ut effeminatum insectatus est; M. Antonius adoptionem auunculi stupro meritum...*; y en el siguiente afirma Suetonio: *Adulteria quidem exercuisse ne amici quidem negant...; M. Antonius... obiecit... dimissam Scriboniam, quia liberius doluisset nimiam potentiam paelicis*. Y a renglón seguido, es decir, en el capítulo LXXI, afirma el biógrafo: *Ex quibus siue criminibus siue maledictis infamiam impudicitiae facillime refutauit et praesentis et posterae uitae castitate*. Por lo tanto, y para no alargar más los ejemplos, se ve bien a las claras las enormes diferencias en la biografía de Augusto legada por Suetonio; por éstas debemos conjeturar que no tenía el historiador un juicio único, real y definitivo del instaurador de la monarquía en Roma. A inclinarnos en este

sentido nos impulsan, en primer lugar, las notables discrepancias expuestas en la obra; en segundo lugar, las grandes vacilaciones del propio Suetonio, y, por último, las nebulosidades que envuelve algunos detalles.

Antes de terminar este trabajo —incompleto y sucinto— hemos creído conveniente decir unas breves palabras sobre las *Res Gestae*; son éstas los documentos históricos autógrafos, escritos por el propio emperador, que puso en manos de las vestales antes de morir. Se conocen también con el nombre de *Monumentum Ancyranum*, porque la copia principal —aunque hay otras⁵²— fue descubierta en el templo dedicado a Roma y a Augusto en Ancyra (Asia Menor), y tiene una doble redacción, ya que está escrita en griego y en latín. Muchos son los problemas que planean las *Res Gestae*, y aunque la excelente edición de Gagè ha puesto gran claridad sobre ellos, no obstante quedan todavía muchos puntos oscuros⁵³; por ejemplo, y para no citar más que uno, no se han puesto de acuerdo los eruditos sobre dentro de qué categoría hay que incluirlas: hay quien opina que es un testamento político —Hirschfeld—, o un *elogium* —Rostagni—, quien ve en ellas «una especie de estado de cuentas ante el pueblo romano» —Wölfflin—, incluso hay quien piensa que es una explicación de su administración gubernamental —Mommsen—, y también hay quien cree que es una *apologia pro uita sua* —Cantarelli—. H. Bardon llega más lejos a este respecto, ya que afirma categóricamente: «... Auguste a constamment songé aux éloges, funèbres ou non, des grans hommes, aux *tituli* relatant dans leur sécheresse de belles actions...»⁵⁴, esto es, que el erudito francés cree que las ideas de Augusto con respecto a sus *Res Gestae* eran más afines a los *tituli* que a cualquier otro tipo de inscripción.

Como las publicaciones sobre las *Res Gestae* son tan numerosas, no juzgamos oportuno extendernos más sobre el particular⁵⁵; sin embargo, nos limitaremos a decir unas pocas líneas sobre las mismas. Esta inscripción fue calificada por Mommsen como la *Regina Inscriptionum*, y para nosotros tiene un valor extraordinario. En ella Augusto no hizo más que rendir cuentas de su propio trabajo ante el pueblo romano y ante la posteridad; tradicionalmente se hacen tres divisiones de las *Res Gestae*: *honores* —que abarcan los capítulos I-XIV—, *impensae* —del XV al XXIV— y *res gestae* propiamente dichas —capítulos XXV-XXXV—; con todo, esto no es rigurosamente cierto, ya que, por ejemplo, encontramos en el capítulo I mezcladas las *impensae* y las *res gestae*. El hecho que merezca quizás destacarse con más fuerza es el empleo de la primera persona, del *ego*, en el cual vemos, y son palabras de Rostagni, que

⁵² Se pueden ver restos traducidos al griego de las *Res Gestae* en las ruinas de un templo en Apolonia, así como en Antioquía de Pisidia —*Colonia Caesarea*—. Incluso en el Augusteum de Pérgamo se cree que estaban grabadas también en griego y en latín.

⁵³ Cf. GAGÈ, M. J., *Res Gestae Diui Augusti*, París, Les Belles Lettres, 1950².

⁵⁴ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 46.

⁵⁵ Una de las últimas publicaciones, con abundante bibliografía, aparte de las citadas, es la de GUARINO, A., *Res Gestae Diui Augusti*, Milano, A. Giuffré, 1968.

«si afferma come immancabile segno dell'autorità del Principe»⁵⁶; esto es, que Augusto aparece como un *cosmocrator*, siguiendo los pasos del mismo Alejandro. Está claro que, si las *Res Gestae* son el testimonio político del emperador, la rendición de sus actos al pueblo de Roma y al mundo entero, no debemos juzgarlas con excesiva severidad; y por eso el malogrado A. Magariños, en su acertado comentario sobre las mismas, decía tiempo ha que «... podemos decir de ellas que son tan romanas como lo puede ser la *Eneida*; es más, debiéramos decir que sus atenuaciones se nos hacen aún más comprensibles en el romano y objetivo Horacio»⁵⁷.

Las *Res Gestae* han sido calificadas de muy diversa manera: Levi⁵⁸ cree que son un auténtico panegírico autobiográfico; Guarino afirma que de la lectura de las mismas podemos conjeturar el pensamiento «oficial» de Augusto, ya que, según él, «... assume di aver sostanzialmente restaurato gli ordinamenti reppublicani, pur non tacendo di averli sorretti con la forza della sua personale *auctoritas*... e pur non traslaciando di mettere in adeguato rilievo l'importanza decisiva della sua riconosciuta posizione di *princeps* nella vita dello stato»⁵⁹; León Homo sentencia categóricamente que «las *Res Gestae* —así lo quiso Augusto— definen el nuevo régimen, tanto en su génesis constitucional como en sus resultados»⁶⁰; para Magariños, el «afán principal (de las *Res Gestae*) está orientado a diluir en disolventes constitucionales y romanos la para Roma tan amarga medicina del Principado»⁶¹. Por último, y para no alargarnos más sobre el particular, citaremos a Rostagni, el cual define las *Res Gestae* con las palabras que Cicerón pronunció refiriéndose a los *Commentarii* de César: *nudi sunt, recti et uenusti, omni ornatu orationis tamquam ueste detracta*⁶². Como hemos podido comprobar después de haber expuesto algunas opiniones, los problemas que plantean las *Res Gestae* son grandes y de muy diversa naturaleza; y como no es el momento de analizarlos a fondo, sino de ver qué juicios y enseñanzas podemos extraer de las mismas para aplicárselos al emperador, diremos que la consecuencia clara que se deduce es la de que Augusto aparece como un ser todopoderoso, bajo cuyo caudillaje consiguió Roma la paz y estabilidad necesarias después del descalabro de las guerras civiles, como una persona excepcional, que logró crear y consolidar el Imperio, y como un hombre —o héroe, si se quiere— que alcanzó en la tierra la gloria que no había conseguido antes mortal alguno.

⁵⁶ Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, II, p. 13.

⁵⁷ Cf. MAGARIÑOS, A., *Res Gestae Diui Augusti*. Suplemento de *Estudios Clásicos 1*, Madrid, Bermejo, 1951, p. 6.

⁵⁸ Cf. ATTILIO LEVI, M., «La composizione delle *Res Gestae Diui Augusti*», *Rivista di Filologia Classica* 1947, Milano, Chiantore, pp. 189-210.

⁵⁹ Cf. GUARINO, A., *Res Gestae...*, p. 48.

⁶⁰ Cf. HOMO, L., *Augusto*. Trad. españ., Barcelona, Destino, 1949, p. 254.

⁶¹ Cf. MAGARIÑOS, A., *Res Gestae...*, p. 6.

⁶² Cf. ROSTAGNI, A., *Storia...*, II, p. 13. La cita a que hace referencia Rostagni es: Cic., *Brut.*, LXXV, p. 262; por cierto, que hay una pequeña errata en el texto latino, ya que en el filólogo italiano encontramos *detractio*, y debe ser *detracta*.

III. CONCLUSIÓN

Varios son los motivos que impiden establecer conclusiones absolutas a todo lo expuesto anteriormente: en primer lugar, porque se han analizado autores de épocas diversas; después, porque de algunos de ellos no tenemos noticias —o mejor obras— fidedignas y concretas y sí conjeturas y suposiciones; también, porque la personalidad de algunos de nuestros hombres estudiados no está lo suficientemente definida y clara —casos de Livio y Suetonio—, y, por último, porque el historiador de por sí tiende las más de las veces a la mediatización. Sin embargo, esto no impide que, en breves líneas, demos una ojeada de conjunto y establezcamos unos presupuestos de carácter general válidos.

A) Prácticamente todos los historiadores que escriben mientras vive el emperador muestran, en general, una gran aversión hacia Augusto. Ello, creemos, debido a varios motivos, pero especialmente a: 1.º Son escritores que vivieron a caballo de dos épocas (la de César y la de Augusto) y, por tanto, su carácter comulga de las dos; incluso, si apuramos mucho, la mayoría añoran la libertad republicana, ahogada rápidamente y con saña por Augusto, lo que obligó, es lógico, a que se rebelaran los partidarios de la aniquilada República. Los casos de Aquilio Niger, Tito Labieno y Cremucio Cordo confirman nuestras palabras. 2.º El carácter de Augusto, definido por muchos autores como «orgueilleux»⁶³, «ambicioso»⁶⁴, etc., el cual contrastaba claramente con el ideal propugnado por el mismo emperador, de mesura y prudencia en todos los órdenes. 3.º Que todavía no se había consolidado el nuevo régimen, y las añoranzas de la libertad que se gozaba en la época anterior permanecían casi intactas y fuertes. 4.º El no haber sido este género literario —la historia— el predilecto del emperador, ya que si bien amparó, aleccionó y protegió a los poetas, no obstante no encontramos ningún ejemplo —excepto Tito Livio— de ayuda a los historiadores, los cuales, al sentirse postergados, volcaron su virulencia y su odio en sus escritos.

B) Queda la excepción de Tito Livio; sin embargo, unas pequeñas reflexiones sobre él nos ayudarán a comprender mejor su postura y a matizar su pensamiento: 1.º Fue un «pompeyano» hasta la médula; incluso estando al amparo y al abrigo del propio Augusto, no renunció a sus convicciones republicanas en ningún momento. 2.º Parece definitivo que el emperador influyó poderosamente en él; ahora bien, «il est impossible de déterminer si elle [se refiere a la obra] fut entreprise sur les conseils d'Octavien, ou si Tite-Live n'obéit qu'à ses goûts propres»⁶⁵. 3.º La actitud de Augusto para con Tito Livio y algún otro escritor —Virgilio, Horacio e incluso Propercio— fue sencilla-

⁶³ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 12.

⁶⁴ Cf. HOMO, L., *Augusto*, p. 70.

⁶⁵ Cf. BARDON, H., *Les empereurs...*, p. 79.

mente la de un político, tendente a mediatizar a los autores en beneficio suyo y del régimen personal recientemente instaurado. 4.º Fue la propia mediatización de Augusto la que hizo que las obras de Virgilio y Horacio careciesen de verdadera imparcialidad y también la que forzó a que «l'histoire manque de sérénité..., elle... manifeste inquiétudes et passions: elle se rapproche du pamphlet»⁶⁶.

C) Hay notable diferencia entre los historiadores propiamente augústeos y los que escriben o florecen en la época de su sucesor Tiberio, como Veleyo Patérculo y Valerio Máximo; en ellos —o por ellos— aparece una diferente concepción de Augusto: la del emperador casi modélico. Con todo, será también importante que puntalicemos las causas de este cambio: 1.º Son escritores que han vivido en el período de la *Pax Augustea* y que desconocen —o quieren desconocer— las convulsiones de la República. 2.º Los dos autores citados tienen unos orígenes francamente favorables para la adulación del emperador, pues mientras uno, Patérculo, es un soldado promovido a «funcionario del Imperio», el otro, Máximo, es un cortesano de Tiberio. 3.º En ambos se reverdece, es cierto, a Augusto, pero en ninguno de los dos aparece como centro polarizador, ya que en el primero es Tiberio sobre el que confluyen todas las miradas, y en el segundo es César —*diuus Iulius*— el caudillo genial y el estratega sin par. 4.º Aunque, lo acabamos de decir, Augusto es enaltecido por los dos, es más como motivo de haber consolidado la paz que como emperador; y también —o al mismo tiempo— le están infinitamente agradecidos por la acertadísima elección en el nombramiento de su sucesor Tiberio.

D) Quedan, por último, los dos historiadores de la época de Adriano: Floro y Suetonio. Sin duda alguna es en el español Floro donde la figura de Augusto surge siempre con una brillantez extraordinaria: un ser dotado de una inteligencia casi divina y capaz de afrontar los graves peligros que se cernían sobre Roma. Por eso celebra por doquier la *Pax Octauiana* que logró el emperador a base de sacrificios, por una parte, y de habilidad, por otra. Y junto a él, celebra al pueblo, verdadero campeador de la gesta romana, sin cuyo concurso no se hubieran alcanzado los fines propuestos. Por lo que concierne a Suetonio, creemos que ya antes ha quedado prefijada su postura. Con todo, no estará de más resumirla en unas líneas: 1.º La persona de Augusto aparece unas veces —al comienzo, por lo general, y un poco en la segunda parte de la «vida»— empequeñecida y con defectos; otras —más de la mitad de la obra—, enaltecida y celebrada. 2.º Esta discontinuidad viene determinada por la absoluta falta de rigor que impera en los escritores de la época, ya que la mayoría se dejaron llevar más por los tiempos regalados en los que se hallaban inmersos que por una verdadera seriedad histórica. 3.º Encontramos perfectamente lógico y normal que un siglo después los historiadores vieran la personalidad de Augusto bajo un prisma diferente y fueran despojándola paulatinamente de

⁶⁶ Cf. BARDON, H., *La Littérature...*, II, p. 93.

esa aureola, mitad divina, mitad heroica, que gozó durante los primeros años del Imperio. Sin duda, fue Suetonio el que marcó la pauta a seguir, y los escritores que vendrán más tarde desmitificarán, unos más y otros menos, el emperador-ídolo, que en nuestros días vuelve a cobrar actualidad y a convertirse en uno de los problemas más candentes —y no suficientemente aclarado— de la historia romana.